

**CON EL CAPITALISMO  
NO HAY FUTURO**  
UN ANÁLISIS ANTE LA CRISIS DEL COVID-19

**Purna** 



## / INTRODUCCIÓN

La actual crisis sanitaria a nivel global se ha convertido ya, de la noche a la mañana, en una gigantesca crisis económica y social que azota los barrios obreros y populares de todos los países capitalistas. Pese a la resistencia de los sectores más reaccionarios de la extrema derecha internacional y del neoliberalismo, finalmente se ha demostrado que la única vía posible para frenar el contagio masivo de la población es el confinamiento domiciliario generalizado y el fin del contacto social hasta reducir lo suficiente la tasa de propagación del virus COVID-19. La reticencia por parte de estos sectores derechistas de la burguesía se debe a que estas medidas conllevan un parón económico de grandes dimensiones que, en muchos casos, en función de lo restrictivas que sean las medidas, reduce la actividad económica a los aspectos más básicos de la producción y la distribución de bienes esenciales.

El detonante de esta crisis económica y social es el virus, pero la causa se halla en la propia estructura y contradicciones internas del capital que derivan en crisis económicas periódicas. Esta vez, la ralentización de la actividad económica y la espiral de pánico que ha provocado se ha sumado a una situación previa de estancamiento de una economía frágil e inestable que descansaba enormemente sobre la deuda y la especulación. Ahora, el castillo de naipes tan precaria-

mente construido amenaza con derrumbarse, a pesar de las ingentes cantidades de dinero que los distintos gobiernos tratan de inyectar a la economía. Si bien todavía es pronto para predecir el futuro, sí que podemos saber que, a no ser que hagamos algo por evitarlo, el precio de la crisis lo pagaremos, como siempre, los y las trabajadoras. De hecho, ya lo estamos pagando. El goteo de parados se cuenta por decenas de millones solo en las primeras semanas de la pandemia y, aunque países con economía planificada como China están demostrando una gran capacidad no solo para controlar el virus sino también para llevar a cabo la reactivación económica, no parece que los pueblos que vivimos bajo la tiranía del capital vayamos a correr la misma suerte. Esta pandemia está golpeando el corazón del bloque imperialista, primero en Europa y después en EEUU, donde ni siquiera se cuenta con una mínima estructura sanitaria para atender a las clases populares que no pueden permitirse seguros médicos. El golpe económico no será menor. Desde que las medidas de confinamiento comenzaron a generalizarse las oligarquías nacionales e internacionales procedieron a implementar las medidas que les podían permitir mantener su tasa de beneficio en un contexto en el que la producción y el consumo se han derrumbado. Hasta ahora han contado con el apoyo de todos los gobiernos europeos que, en las tiranteces que escenifican en las instituciones comunitarias, no hacen sino mostrar que solo representan a los intereses de sus élites locales.

# / LA TIRITA SOCIALDEMÓCRATA

Quizá a la vista de cómo amenaza con desarrollarse, a nivel sanitario y económico, esta crisis en EEUU, Latinoamérica y África, muchos europeos pueden tener una falsa sensación de seguridad. En España las medidas sanitarias se han tomado en un tiempo razonable y el gobierno ha iniciado una campaña publicitaria donde promete a bombo y platillo todo tipo de medidas para que, en sus palabras, "nadie se quede atrás" en esta crisis. La realidad, por supuesto, es bien diferente. Las medidas económicas del gobierno deben verse dentro de su contexto. El gobierno español no ha puesto en marcha ninguna medida que no esté dedicada a mantener la tasa de ganancia del capital. No se han prohibido los despidos ni se ha suprimido el pago de la cuota a los trabajadores autónomos, como tampoco se ha eximido a los trabajadores del pago del alquiler y gastos como luz, agua, gas... Todas las medidas del ejecutivo han ido a "salvar" la economía ofreciendo una libertad inaudita a las empresas para que realicen despidos si lo desean y manteniendo los privilegios de la clase rentista.

Aunque el resto de países europeos también están tratando de mantener los intereses capitalistas, es cierto que han ofrecido ayudas y puesto en marcha medidas que sobrepasan con creces a las que está implementando España. Especialmente sangrante es el hecho de que las medidas del Estado español se caracterizan por no ser directas sino comprometer más de 100.000 millones de euros en forma de avales para que las empresas puedan conseguir liquidez en los bancos. Es decir, que gran parte de las ayudas propuestas pasan por el endeudamiento de trabajadores autónomos, pequeña y mediana empresa y porque sean

los propios bancos privados los que elijan cómo ofertan esta financiación en lugar de invertirlo en ayudas directas para mantener el empleo. Y algo similar ocurre con las prometidas ayudas para el alquiler y las hipotecas para las personas sin ingresos, postergando los pagos y teniendo que asumir los trabajadores un endeudamiento con el banco para poder pagar los meses que no tengan ingresos.

Ello va unido al aluvión de despidos y ERTES que estamos viviendo en estas semanas, que han dejado a millones de trabajadores y trabajadoras a expensas de un despido en ocasiones temporal y en otras ocasiones ya definitivo. Un modelo de despido que se incrementará mientras dure el encierro y que todo apunta a que culminará con un gran número de despidos definitivos cuando la situación -como inevitablemente va a ocurrirse alargue y la recuperación tarde en llegar. Todo ello es el detonante para una crisis social de proporciones catastróficas donde los trabajadores ya están pagando en sus carnes el coste de una economía desorganizada que no puede asumir un parón racional por motivos sanitarios.

La clase rentista mantiene su tasa de beneficio asegurando el cobro de los alquileres mediante el endeudamiento de los trabajadores. El sistema bancario y financiero también aumenta sus beneficios recibiendo dinero gratuito del Estado y administrándolo para hacer negocio con el endeudamiento de trabajadores autónomos y pequeñas empresas. Y la oligarquía empresarial, cuya capacidad económica supera los vaivenes de todas las crisis, mantiene sus ganancias mediante el despido masivo, las generosas ayudas públicas y el trato favorable de los bancos. Todo este enriquecimiento se produce a costa del sufrimiento, el saqueo y el trabajo de las clases populares.

En cualquier caso, lo que queda claro es que no importa el color con el que se vista quien gobierna. En

Europa manda el gran capital, las oligarquías locales están enzarzadas entre sí por repartirse los restos del cadáver comunitario y solo la gran oligarquía financiera y empresarial saldrán bien paradas de esta situación. Utilizarán esta crisis como utilizaron la anterior de 2008 para incrementar sus beneficios a costa de las clases populares. Y los gobiernos progresistas, por muy buenas intenciones que tengan, seguirán teniendo a burócratas como Nadia Calviño que se encargarán de que se cumplan las directrices de las instituciones como el BCE que de facto están bajo control privado.

## / SIGUIENDO EL RASTRO DEL DINERO

En una economía financiarizada el capital no se esfuma, pero sí que se eleva constantemente desde la economía productiva a la especulativa. Las grandes tasas de beneficio de las oligarquías se producen en los mercados de especulación internacional donde va a parar toda la riqueza que el sistema capitalista extrae a los trabajadores y trabajadoras de todo el mundo. En los países europeos arrasados por la crisis económica del 2008 llevamos años sufriendo las políticas austericidas auspiciadas por el gran capital noreuropeo. Más de una década de recortes y ajustes del déficit público han llevado a las instituciones a una debilidad estructural que se ha demostrado trágicamente en que, cuando un virus como el COVID-19 ha hecho aparición, los sistemas públicos sanitarios no estaban capacitados para responder adecuadamente.

Durante décadas los recortes en servicios públicos como sanidad y educación (junto con

otros muchos), así como la ofensiva neoliberal en el ámbito laboral, han servido como principal flujo a través del cual la burguesía ha sido capaz de mantener sus beneficios saqueando lo público. Cuando la anterior crisis llegó se evidenció con especial virulencia que los países ya no eran soberanos y que no podían dar respuesta a sus problemas eligiendo sus propias políticas económicas sino que debían seguir las indicaciones de las instituciones europeas y mundiales como el BCE y el FMI, que siempre están controladas por el gran capital y que escapan a cualquier control democrático. De la noche a la mañana en 2011 el poder neoliberal europeo forzó que España cambiara el artículo 135 de su constitución para priorizar el pago de la deuda antes que los servicios públicos; al mismo tiempo que la UE ponía y quitaba presidentes como en Italia o forzaba a rescates económicos sanguinarios como en Grecia. Todo ello tras décadas de destrucción del tejido productivo propio, en beneficio de un sector turístico y terciarizado promovido por los mismos poderes franco-alemanes que no deseaban competidores industriales. Un proceso de suicidio colectivo en el que tanto la oligarquía local como la internacional se ha llevado parte del pastel que le sangran a los trabajadores y trabajadoras, manteniendo y aumentando su tasa de ganancia dentro de un gran proceso global de acumulación.

Este proceso se ha desvelado como un elemento trágico cuando se ha producido una emergencia sanitaria mostrando que ni España ni muchos otros Estados tenían la capacidad industrial de producir los elementos necesarios para asegurar cubrir sus propias necesidades sanitarias. La desindustrialización y el abandono de la economía real por una economía especulativa (de la que el sistema bancario y el de la construcción son el

mejor ejemplo) han acabado pasando factura en forma de muerte y lo van a seguir haciendo en forma de hambre, dolor y miseria para los trabajadores y trabajadoras. Todo este proceso de modernización globalizadora no ha sido sino un proceso de saqueo y robo de la riqueza colectiva por parte de las élites locales e internacionales.

Seguir el rastro del dinero nos lleva necesariamente a esas esferas, las de los burgueses de cualquier país que, cuando se trata de especulación, siempre hablan el mismo idioma. El dinero está en el mercado financiero, en la economía virtual de la deuda y la especulación. La misma que ha llevado a crear una cadena de producción global donde los países "subdesarrollados" se encargan de producir los bienes que se consumirán en un Occidente ficticiamente rico. Cuando esa cadena de suministro se rompe y los flujos de capital y mercancías se ralentizan, queda al descubierto la debilidad de las economías occidentales, y se demuestra que la economía material y real prima sobre la virtual, bursátil y especulativa: la riqueza está en la producción y no en las tasas de beneficio especulativo, que siempre dependen de esta.

El imperialismo es el sistema de dominación política, económica y militar que posibilita estos mecanismos de acumulación y saqueo a nivel global. Cualquier salida a esta situación pasa, pues, por la ruptura con el imperialismo para la reconfiguración de la producción según las necesidades locales y mediante Estados soberanos controlados por los trabajadores. Entendiendo que la única forma posible de soberanía real es aquella que se da mediante el control de los medios de producción por parte de la clase trabajadora y un mecanismo eficaz de democracia popular que pueda someter el Estado a los intereses colectivos populares.

## **/ LA ÚNICA SOLUCIÓN ES LA ECONOMÍA PLANIFICADA**

Si el capital es constantemente extraído de la economía productiva, de los trabajadores que lo producen, y es trasladado a la economía financiera donde la oligarquía imperialista obtiene su tasa de beneficio fruto de la especulación, entonces es un hecho que lo primero que hay que hacer es revertir esta tendencia. La actual crisis económica provocada por la pandemia del COVID-19 solo es un paso más dentro de un ciclo general de acumulación capitalista, que utiliza todas las crisis para enriquecerse a costa de los trabajadores. Por ello se presenta como una necesidad imperiosa recuperar parte de esa riqueza saqueada y que se encuentra en manos de la oligarquía financiera.

Solventar esta crisis no puede pasar por poner parches ni utilizar la ideología ni la sensibilidad "social". Si con eso fuera necesario entonces los trabajadores estarían salvados gracias a la caridad y el asistencialismo del Estado. Pero por buena que pueda ser la solidaridad el problema viene desde la propia estructura de mando del sistema y como tal no se va a solucionar si no se arranca de raíz. Cualquier paño caliente que se prometa desde las instituciones capitalistas será un fuego de artificio que durará tanto como a los verdaderos amos del cortijo capitalista les interese. ¿Por qué si no se iban a mostrar partidarios desde la burocracia económica neoliberal europea a desarrollar una renta mínima garantizada? Si lo barajan es porque han considerado que es la manera de asegurar la tasa de ganancia en el futuro.

No, la solución ha de ser radicalmente política. Se deben atajar los principales mecanismos de sustracción de riqueza, cortando los flujos hacia su financiarización. La banca privada debe ser expropiada, pasar a estar bajo control estatal, sirviendo a los intereses colectivos y utilizando sus mecanismos para el desarrollo nacional. Todos los sectores estratégicos deben ser nacionalizados, empezando por la energía y la producción y distribución de bienes esenciales, incluidos los sanitarios. El Estado debe ser soberano, no aceptando los dictados económicos de la banca europea e internacional. Esto solo puede conseguirse mediante la ruptura con las estructuras imperialistas como la OTAN, de la que hay que salir necesariamente, tejiendo nuevas alianzas con las potencias emergentes que no se someten a su decrepita dictadura. Debemos negarnos a pagar la deuda, que es un mecanismo de sustracción de riqueza colectiva y de control por parte de la clase capitalista. Y todo ello sólo es posible poniendo en marcha mecanismos de democracia popular que superen el actual status quo del Régimen del 78 y de la UE y que lleven al control efectivo del Estado y de los medios de producción por parte de la clase trabajadora. Todas estas propuestas no son soflamas vacías

ni eslóganes utópicos. Se trata, por el contrario, de la única vía posible para conseguir revertir la grave situación en la que el desorden capitalista ha sumido a la clase trabajadora internacional. Una situación de caos generalizado que, de no ponerle coto, acabará empujando a la humanidad por el precipicio.

Para conseguir este objetivo las organizaciones revolucionarias tenemos la responsabilidad de abordar los asuntos principales que nos atañen en tiempos de crisis como este. Hemos de trabajar por incrementar la organización de la clase trabajadora allí donde se producen los efectos más perversos de la lucha de clases, empujando la confrontación colectiva frente al ansia de beneficios de los capitalistas, pero también frente a los intentos conciliadores de una socialdemocracia más interesada en salvarse a sí misma que en conseguir cambios reales. Esto sólo se puede conseguir facilitando frentes amplios de unidad popular que permitan incrementar el nivel de autoorganización frente a los graves conflictos que nos depara el futuro inmediato. Solo a través de este mecanismo de trabajo junto al pueblo organizado podemos empujar el futuro hacia la construcción de un sistema socialista.

Purna 